

La crisis de los «acomodos razonables» en Quebec: la Comisión Bouchard-Taylor*

VALERIANO ESTEBAN SÁNCHEZ Y ANA LÓPEZ SALA**

El objetivo de este trabajo es analizar y presentar en sus propios términos lo que se ha venido en llamar la crisis de los *acomodos razonables* en Quebec, que quizá ha dado lugar a la mayor muestra colectiva sobre el destino y la naturaleza de Quebec desde la *Revolución Tranquila* de la década de los sesenta del siglo pasado. Aunque sus orígenes son más remotos, la crisis comenzó en 2006, cuando los medios de comunicación empezaron a interesarse en una serie de demandas por las que miembros de «comunidades culturales» minoritarias habían requerido, y en algunos casos obtenido, medidas para acomodar sus particulares prácticas religiosas. El debate fue recogido y estimulado por algunos partidos políticos y encontró un amplio eco en la sociedad. Con nuestra información intentamos proporcionar el contexto necesario para el estudio de este caso, dentro del trasfondo mayor del debate en torno a los límites de la diversidad social en las sociedades plurales, liberales y laicas y la integración de los inmigrantes en sociedades que, por unas u otras razones, no se sienten completamente seguras respecto a su destino.

Quebec y la Revolución Tranquila

Quebec es una de las provincias más importantes dentro del escenario canadiense, siempre sujeta a una tensión especial con el resto de Canadá. Tiene la peculiaridad del francés, que es el único idioma oficial en la provincia, y de una historia y

* Esta investigación ha sido posible gracias a una beca de investigación del programa *Understanding Canada* del International Council for Canadian Studies (Gobierno de Canadá). Queremos agradecer a Denise Helly (INRS, UQAM) y a Francisco Colom (CSIC) su inestimable ayuda en la realización de la misma y sus múltiples sugerencias a la versión inicial de este artículo. Este trabajo se enmarca en el proyecto de investigación FFI2008-05931-FIS0 del Ministerio de Ciencia e Innovación (España).

** Valeriano Esteban Sánchez es profesor de Sociología de la Universidad de La Laguna (España). Ana López Sala es investigadora del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (España).

tradición distinta al resto de Canadá. Su inserción dentro del actual Canadá se remonta a la conquista de la colonia de la Nueva Francia por parte de Gran Bretaña en 1763 en el contexto de la Guerra de los Siete Años, pocas décadas antes de las revoluciones americana y francesa. Desde entonces los quebequeses se han mantenido como súbditos de la corona británica, quien a su vez les permitió mantener su catolicismo leal a Roma y administrarse con un sistema legal propio, basado en el derecho civil y no en la *common law* anglosajona. Los sectores más dinámicos y productivos de la economía quedaron en manos de una minoría anglófona.

En tiempos recientes, los soberanistas quebequeses han conseguido llevar a cabo dos referendos para separarse de Canadá, el segundo de los cuales perdieron por muy poco.¹ Es una sociedad que tiene un enorme grado de autonomía y de conciencia de su propia diferencia. Por ejemplo, el uso común en Quebec, entre los separatistas y los que no lo son, es hablar de «Quebec y Canadá», y no de «Quebec y el resto de Canadá», tal y como se dice en el resto de Canadá. Los quebequeses suelen preferir el término «canadiense» sólo para los que viven fuera de Quebec. Hay un sentimiento fuerte de formar una sociedad distinta, que se modula en función de la coyuntura y de las oportunidades que se presenten para expresarlo. En consecuencia, tradicionalmente el principal foco de alineamiento político y social en Quebec ha girado en torno a la articulación con la unidad política canadiense. Sin embargo, durante los últimos años ha surgido en Quebec una sensación de intranquilidad y malestar respecto a la dirección que estaba tomando colectivamente la provincia en el manejo de su diversidad interna, esta vez especialmente en relación a los inmigrantes. Una serie de episodios sembraron en la sociedad quebequesa la sensación de que se estaba yendo demasiado lejos a la hora de acomodar o integrar a los inmigrantes. Lo que los quebequeses se preguntan es si, en su esfuerzo por acomodar a los inmigrantes, acaso están poniendo en peligro los logros sociales y nacionales alcanzados durante la Revolución Tranquila.

La Revolución Tranquila fue un proceso de cambio radical de la sociedad quebequesa. Se trató de un conjunto de procesos interrelacionados que confluyeron en un momento histórico que se dio en calificar de Revolución Tranquila por su carácter sosegado a la vez que firme y profundo. En realidad, no todo fue tan tranquilo. Este período se cierra con la denominada *crisis de octubre* de 1970, cuando el secuestro de dos miembros del gobierno federal por el Front de Libération du Québec (FLQ), un grupo terrorista, llevó al primer ministro Pierre Trudeau a declarar, por primera vez en tiempos de paz en la historia de Canadá, la Ley de Medidas de Guerra, que conllevaba la suspensión de algunos derechos civiles. Con anterioridad a la Revolución Tranquila, entre la década de los treinta y los cincuenta del siglo XX, Quebec había estado dominado por el gobierno conserva-

1. En el amargo discurso anterior a su dimisión, el primer ministro Jacques Parizeau atribuyó la derrota en el referéndum al «voto étnico y al dinero», es decir, a los inmigrantes y a los empresarios.

dor de Maurice Duplessis, aliado con la Iglesia católica. Desde la conquista inglesa, la Iglesia se había convertido en el gran baluarte de la identidad francocanadiense, que se articulaba sobre tres ejes: hablar francés, ser católico y desconfiar del cosmopolita y secular mundo urbano. Tras la derrota, las élites francófonas desarrollaron una ideología de *supervivencia* según la cual la sociedad francocanadiense habría de sobrevivir en el mar anglófono y protestante norteamericano cumpliendo el destino de defender la religión católica sin discutir la autoridad de la corona británica dentro de Canadá. En esta variante nacionalista, la defensa de la identidad francocanadiense no buscaba la independencia y, además, rechazaba los principios liberales de separación entre Iglesia y Estado. En consecuencia, la penetración de las instituciones fue impresionante, hasta el punto de que se pueden utilizar para Quebec los calificativos de *teocracia* o de *Iglesia-nación*. Por añadidura, Duplessis utilizó todos los medios a su alcance para mantener su posición: un control férreo de los sindicatos, febril anticomunismo, rampante corrupción y recurso al fraude electoral. La estructura económica permanecía claramente dividida por líneas étnicas, con los francófonos ocupando posiciones subordinadas respecto a los anglófonos en el mundo urbano e industrial. La ideología de la supervivencia contribuyó a un aletargamiento general de la sociedad y la cultura quebequesas.

Esta *santa alianza* tenía, sin embargo, los días contados. Cuando Duplessis muere en 1959 se exponen sus métodos autoritarios y, casi simultáneamente, se inicia el Concilio Vaticano II, con sus aires renovadores. En la muy católica provincia de Quebec, esto tuvo consecuencias profundas. Significa fundamentalmente la separación entre Iglesia e instituciones políticas, pero también, en sintonía con lo que sucede en otras sociedades avanzadas, la promoción del igualitarismo, sobre todo entre sexos, y la puesta en cuestión del autoritarismo. Después de contar con una de las tasas de fecundidad más altas del mundo desarrollado, ésta se reduce considerablemente, lo que hace aún más necesaria la inmigración. En un momento histórico de expansión económica y de las atribuciones de los Estados, el gobierno provincial asume tareas nuevas en perjuicio de la Iglesia. La educación ya no es religiosa y se extiende al conjunto de las clases sociales, y lo mismo puede decirse de la sanidad. Las grandes empresas se nacionalizan. Es el momento de consolidación de Hidro-Québec como primera compañía hidroeléctrica del mundo, que suministra electricidad al resto de Canadá y al noreste de Estados Unidos.

El nacionalismo lleva a cabo en este momento un profundo cambio de orientación: respecto a la identidad colectiva, el nacionalismo francófono deja de identificarse como francocanadiense y empieza a hacerlo como quebequés. Pensarse como francocanadienses significa estar siempre en la minoría dentro de Canadá; pensarse como quebequeses significa, por el contrario, poder ser una nueva mayoría dentro de un territorio delimitado: Quebec. Este paso de estatus minoritario a estatus mayoritario es crucial psicológicamente. Es en este momento cuando se consolida la nueva identidad quebequesa y se acuña el eslogan de «señores en

nuestra propia casa». Los francófonos empiezan a sentirse mucho más asertivos dentro de Quebec y la ideología políticamente quietista de la supervivencia es criticada. Las líneas contemporáneas de división de la política quebequesa entre federalistas y soberanistas aparecen ahora, pero lo que no se discute es el uso sistemático de los nuevos poderes asumidos por el gobierno provincial en defensa de la nueva identidad quebequesa y en la consolidación de su nuevo estatus de mayoría. Quizá el mejor ejemplo de ello sea la Ley 101, ley lingüística que promulga el francés como único idioma oficial y público de la provincia de Quebec. La escolarización pública será, a partir de entonces, exclusivamente en francés, con la única excepción de los hijos de anglófonos. Esta ley marca claramente un cambio sociológico. Muchos anglófonos la interpretaron como una amenaza y abandonaron Montreal. Otros prefirieron quedarse y aceptar la nueva situación. La Ley 101 también implica una serie de normas lingüísticas que han de cumplirse en el ámbito público. La ley ha conseguido que se establezcan las relaciones lingüísticas y acabar en gran medida con las guerras lingüísticas del pasado. Ha logrado crear una situación de equilibrio que es respetada por la gran mayoría y que sirve de punto de referencia para el comportamiento.

En resumen, la Revolución Tranquila es un acelerado proceso de modernización y secularización que acompaña el ascenso del actual nacionalismo quebequés. Supuso un gran cambio de la sociedad quebequesa, que es gran parte patrimonio de todas las fuerzas políticas quebequesas, soberanistas y federalistas. Más allá de la ocasional voz discordante, la mayoría de la sociedad quebequesa acepta su legado y la considera como el punto de partida del modelo actual. Es este preciado legado el que se ve amenazado en el clima de crisis de los últimos años. Los inmigrantes son considerados, en general, como más religiosos y propensos a exhibiciones públicas de religiosidad, no tan comprometidos con la defensa del francés y el predominio cultural quebequés y más sexistas. La crisis de los acomodos razonables ha puesto en duda la capacidad de Quebec de sentirse una sociedad diferenciada cuya gestión interna está en manos de las propias instancias judiciales y políticas provinciales. Ha puesto en cuestión la sensación de seguridad proporcionada por la idea de que son los quebequeses quienes tienen la última palabra en Quebec.

Acomodos razonables

La sensación de inquietud o de malestar puede ser más o menos común en las sociedades que están recibiendo inmigración. En el debate público no es raro que surja algo que concentre una gran atención, frecuentemente porque es expresión de un desacuerdo mayor. Éste ha sido el caso en Quebec respecto a los *acomodos razonables*. La figura del acomodo razonable aparece en el ámbito legal canadiense a mediados de la década de los ochenta del siglo XX. Se trata de un mecanismo

legal dirigido a conciliar o armonizar intereses a partir de una demanda personal que percibe cierta discriminación. En una sentencia clave, el Tribunal Supremo canadiense reconoció que reglas aparentemente neutrales, como el horario de trabajo, podían tener un impacto discriminatorio sobre empleados que las encontrarían incompatibles con su práctica religiosa. El Tribunal llegó a la conclusión de que la igualdad de trato requería que el empleador intentase satisfacer estas demandas y llegar a un acomodo o conciliación con el trabajador, siempre y cuando no se infringieran los derechos de otros trabajadores y no supusiera un coste excesivo para la empresa.

Pero las bases para solicitar un acomodo no son solamente religiosas. La obligación o deber de acomodo razonable es hoy una parte integral del derecho a la igualdad en Canadá. Teóricamente, se pueden requerir acomodos basándose en cualquiera de las catorce tipos de discriminación prohibidos por la Carta de Derechos y Libertades, que fue añadida como Preámbulo a la Constitución canadiense en 1982. Además de la religión, los tribunales quebequeses y canadienses aplican frecuentemente el deber de acomodo en casos de discriminación basada en el género, el embarazo, la edad, la discapacidad, etc. La jurisprudencia más reciente ha establecido que las instituciones que proporcionan servicios también tienen el deber del acomodo razonable, lo que tiene consecuencias importantes para la gestión y organización de los servicios públicos, como la sanidad o la educación. En estos ámbitos las prácticas de acomodo se articulan a través de distintos procedimientos. Pueden consistir, pura y simplemente, en eximir a los interesados de la aplicación de alguna regla o en poner a disposición de éstos determinadas instalaciones en determinados momentos. El acomodo puede ser impuesto por un tribunal, pero también puede negociarse sin recurrir a la vía jurídica y consentirse de forma voluntaria por parte de una autoridad pública. No hay que perder de vista la función integradora del acomodo, que busca facilitar la participación de minorías en instituciones de la sociedad mayoritaria. Esta práctica, por tanto, se pone en funcionamiento cuando ya está en vigor la nueva Constitución canadiense que promulga como valores políticos el multiculturalismo, el reconocimiento y la celebración de la diferencia cultural.

La utilización y resonancia pública del término ha sido creciente. En un principio, desde que Canadá y Quebec adoptan el término hasta el año 2001, el término de *acomodo razonable* no cala en el debate público y la prensa sólo se hace eco de los casos de acomodo referidos al uso del velo islámico. Pero a partir del año 2001 hay un claro incremento. En el clima posterior a los atentados del 11 septiembre de 2001 se magnifican una serie de casos célebres que llegan a los tribunales. Quizá el más célebre de todos sea el del *kirpan*, el puñal ritual sij. El caso se inicia cuando a un adolescente de religión sij se le prohíbe portar el puñal en la escuela. El caso dura varios años y se dilucida en varias jurisdicciones. Finalmente es fallado a favor del demandante, autorizándole a llevar el *kirpan* en las instituciones educativas, cuando el Tribunal Supremo canadiense anula una decisión

previa de la corte quebequesa, lo que es interpretado como un agravio. Desde este momento se entra en una espiral. Entre 2006 y 2007 hay más casos de acomodo razonable que en todo el periodo anterior. Los más famosos y controvertidos tienen como protagonistas a colectivos judíos y musulmanes. El debate trasciende a las minorías religiosas y se desborda hacia la integración de inmigrantes. En el proceso, el término *acomodo razonable* ve transformado su significado original en el mundo del derecho para convertirse en sinónimo de cualquier tipo de ajuste ante la diversidad cultural (Seidel, 2009: 100). Parte de la población reacciona contra las peticiones y prácticas de acomodo y las percibe como privilegios por parte de una inmigración que no hace el esfuerzo suficiente por integrarse en un Quebec laico y moderno o como imposiciones y cesiones nada razonables hechas en nombre de un multiculturalismo oficial disolvente de la identidad. La inmigración empieza a ser vista como uno de los principales problemas para el mantenimiento de la identidad y los valores quebequeses. Todo lo que se necesitaba para que la inmigración en su conjunto fuera puesta en cuestión era un discurso que relacionara una serie de casos aislados en los que los inmigrantes pedían acomodo, presentándolos como *imposiciones* de las minorías a la mayoría y como una falta de disposición de los inmigrantes en general a integrarse a la sociedad quebequesa, que se ve amenazada en sus valores más preciados. El liderazgo de esta sensación de malestar lo articula un nuevo partido de corte conservador, *Action Démocratique du Québec* (ADQ). Para su presidente, Mario Dumont, la concesión de acomodos es una muestra del viejo reflejo quebequés de ceder la posición pública y dominante a *los otros*. Una población rural de Quebec, Hérouxville, donde no viven inmigrantes, se hace mundialmente famosa haciendo público un código de conducta municipal que, entre otras cosas, prohíbe el *burka*. La agenda de las elecciones provinciales de marzo de 2007 se ve completamente dominada por este debate.

Génesis de una Comisión y perfil intelectual de sus protagonistas

Es ante esta situación turbulenta cuando el primer ministro de Quebec, Jean Charest, unas semanas antes de las inesperadamente competidas elecciones provinciales, ordena la creación de una Comisión premiosamente titulada *Comisión de consultas sobre las prácticas de acomodo relativas a las diferencias culturales* (*Commission de consultation sur les pratiques d'accommodement reliées aux différences culturelles*), encargada de formular recomendaciones al gobierno para que las prácticas de acomodo sean conformes a los valores de la sociedad quebequesa en tanto que sociedad pluralista, democrática e igualitaria (Bouchard y Taylor, 2008: 18). Encargando una Comisión, el primer ministro evitaba pronunciarse sobre un tema altamente controvertido en las vísperas de unas elecciones y al mismo tiempo se mostraba plenamente dedicado a su esclarecimiento.

El resultado de las elecciones muestra que ADQ había identificado correctamente una inquietud de la sociedad. Mario Dumont con su nuevo partido queda a tan sólo cinco escaños de arrebatarse la presidencia del gobierno provincial a Jean Charest, que desde entonces gobierna en una incómoda minoría. El soberanista Partido Quebequés (PQ) obtiene unos resultados desastrosos y su líder, André Boisclair, dimite, dando paso a Pauline Marois. En conjunción con el clima internacional reactivo a la inmigración, la pérdida de programa del soberanismo posterior a los referendos había dado paso a una defensa más conservadora de la identidad quebequesa.

La Comisión es encargada a dos intelectuales quebequeses de gran trayectoria y proyección: el filósofo anglófono Charles Taylor y el historiador y sociólogo francófono Gérard Bouchard, ninguno de los dos en la órbita del Partido Liberal gobernante. Como se verá, los resultados de la Comisión están claramente influidos por el pensamiento de estos autores, que durante todo el tiempo han hecho gala de una independencia encomiable. Es por esta razón por lo que merece la pena detenerse, aunque sea brevemente, en su pensamiento.

Charles Taylor es uno de los filósofos canadienses más conocidos mundialmente por su especial interés en el papel del pluralismo y el reconocimiento de las minorías en las sociedades modernas. Algo menos conocida es su implicación en la esfera pública. En los años sesenta tuvo un papel destacado en el New Democratic Party (NDP), un partido de corte socialdemócrata con vinculaciones con la New Left y la izquierda cristiana canadienses. Con él concurrió cuatro veces, sin éxito, al parlamento de Ottawa por la circunscripción de Mont Royal, un barrio acomodado de Montreal. En la última elección a la que se presentó, le ganó su amigo Pierre Trudeau, que también tenía reputación de intelectual y a la sazón se convertiría, tres años después de aquel reto, en primer ministro de Canadá y gran promotor del multiculturalismo, basando buena parte de su carrera en la desconfianza hacia los nacionalistas quebequeses, en aquel momento en pleno ascenso. Aunque a muchos parece haberles sorprendido, Taylor nunca ha escondido su compromiso religioso. Según su propia explicación, surgió a través de la exposición a cierta literatura católica que en los años cincuenta circulaba por Montreal (y que luego se convertiría, para su sorpresa, en una de las principales inspiraciones del Concilio Vaticano II). Fueron sus valores católicos los que le impulsaron a la política de izquierdas de preocupación altruista. Ser un anglófono montrealés de duodécima generación comprometido con el catolicismo y un creyente en un medio académico hostil han contribuido sin duda a enriquecer su filosofía, que siempre encuentra valiosas reflexiones en torno a las identidades múltiples y las situaciones de pluralismo. El catolicismo también permea su filosofía: para él la espiritualidad católica es algo que puede ayudar a superar los males del individualismo y, en general, «el malestar con la modernidad» (según el título de uno de sus libros) que aqueja a nuestra sociedad.

Su condición de intelectual comprometido con la sociedad quebequesa y con amplia experiencia en asuntos multiculturales harían de Taylor en principio el candidato ideal para una Comisión de este tipo, pero ciertos sectores de la opinión quebequesa cuestionaron su idoneidad, especialmente desde que en 2007 le fuera concedido el Templeton Prize, dotado con un millón y medio de dólares americanos, por el «progreso en la investigación de realidades espirituales». Para estos sectores, el mandato de una Comisión que exploraba el compromiso secular del gobierno de Quebec se veía en peligro por la concesión de este premio, que claramente promociona el antiseccularismo. Precisamente a investigar y a poner en cuestión el secularismo ha dedicado Taylor su último libro (*A Secular Age*, 2007), que algunos consideran la obra más importante de su filosofía. A él nos podemos remitir para tener una visión más completa sobre su posición. El retroceso o la vacilación del proceso de secularización es un componente inesperado de la modernidad que estamos viviendo. Algunos, como Jürgen Habermas, avanzan abiertamente la idea de que vivimos en una sociedad ya postsecular. Taylor, por el contrario, pone su foco en la emergencia de la sociedad secular y explora los caminos del secularismo contemporáneo. Su punto de partida es el de insatisfacción con las definiciones al uso de la secularización. Taylor no se muestra convencido por las definiciones de secularidad como declive de la creencia. En su opinión nos encontramos más bien ante una situación en la que hay una gran pluralidad de creencias, antes que un declive. El desencuadramiento religioso no tiene por qué implicar ausencia de creencia. Tampoco se muestra completamente convencido por la otra gran idea que define la secularización como separación de lo religioso del ámbito público. La pérdida del carácter oficial de las religiones mayoritarias no significa que el papel público de las religiones haya desaparecido, sino que más bien se ha transformado. El papel público de las religiones está totalmente abierto a debate. En este punto coincide con los puntos de partida de José Casanova, que ya lleva años advirtiendo sobre el retorno de la religión al ámbito público y su compatibilidad con la condición secular (Esteban, 2007). Según Taylor, finalmente, el aspecto más sobresaliente de vivir en una era secular se encuentra en que la adherencia a la creencia religiosa no puede ser sino problemática incluso para aquellos que son creyentes. Sus creencias aparecen rodeadas de otras que parecen razonables y constituyen posibles alternativas. El proceso de secularización se pone en marcha cuando la gente empieza a ser consciente de que hay alternativas morales. Nuestra condición en la era secular es la del pluralismo y la duda.

Según Taylor, la modernidad no es tan refractaria a la religión como cierto secularismo nos quiere hacer creer. La experiencia europea no es universalizable. La religión no es incompatible con la ciencia. La religión puede aportar a la modernidad esquemas de pensamiento y valoración que nos ayuden a escapar de la inmanencia y la finitud, de la completa y absoluta ausencia de trascendencia, que mucha gente no es capaz de soportar. El malestar con la modernidad tiene mucho que ver con esto. Taylor pronostica que si bien la secularización está aquí para

quedarse, el secularismo va a ser crecientemente retado y probablemente transformado. Cada vez resultará menos convincente interpretando los problemas de la sociedad como herencias de una religión impuesta. Más allá de que muchas cuestiones sobre el destino del secularismo no queden resueltas por el pensamiento de Taylor, es innegable la sensibilidad de este autor hacia este tema, así como su capacidad para abordarlo a gran escala.

Gérard Bouchard es bastante menos conocido que Charles Taylor. Se trata de un historiador y sociólogo de referencia en el mundo nacionalista quebequés. En la actualidad ostenta la *Cátedra de Investigación de Canadá sobre la dinámica comparada de los imaginarios colectivos*, dentro de un nuevo programa sufragado con fondos federales. Su hermano mayor es Lucien Bouchard, fundador del Bloc Québécois (un partido político que defiende las ideas soberanistas quebequesas a nivel federal), gran impulsor del fracasado referéndum de soberanía de 1995 y primer ministro de Quebec entre 1996 y 2001. La única obra publicada en español de Gérard Bouchard, *Génesis de las naciones y culturas del Nuevo Mundo. Ensayo de historia comparada* (2003), se inserta precisamente en la estela de esta derrota del soberanismo quebequés. El objetivo declarado de esta obra es ni más ni menos que comparar la génesis y el desarrollo de Quebec con el resto de las naciones y culturas del Nuevo Mundo. La obra es monumental y está llena de erudición, y éstas pudieron ser las razones por las que este libro fuera reconocido con el Premio del Gobernador General de Canadá a la mejor obra de investigación en francés. Pese a las esperanzas que este premio hacía albergar, *Génesis...* no se ha traducido al inglés, como tampoco lo ha sido ninguno de la quincena de libros y más de doscientos artículos de Gérard Bouchard. Este libro nos puede servir de guía para conocer el pensamiento del autor respecto a la situación actual de Quebec. Todo el libro está recorrido por una queja hacia la actitud dominante en los medios intelectuales quebequeses anteriores a la Revolución Tranquila. Según Bouchard, el paradigma o programa que estos intelectuales lograron imponer tras el fracaso de la Rebelión de los Patriotas de 1837-1838 fue el de la supervivencia, en el cual se renunciaba provisionalmente al sueño de la autonomía política a favor de un acuerdo canadiense entre élites. Paralelamente, mantener la especificidad y la singularidad frente a un amenazador mal anglófono y protestante fue elevado a valor supremo. A partir de entonces, el francés y el catolicismo fueron las referencias en torno a las cuales debía girar toda representación cultural quebequesa.

Según Bouchard, el precio que se tuvo que pagar por esta elección fue elevado, puesto que tuvo como consecuencia un apego a unas normas culturales ultramarinas, la desvalorización de cualquier iniciativa cultural propia y, sobre todo, un rechazo de la cultura popular e incluso de la propia inserción en el Nuevo Mundo. Como resultado de todo ello, la autopercepción quebequesa se vio llamada a poner énfasis sin cesar en sus rasgos singulares, a abogar su carácter distintivo en América, a marcar la diferencia. Bouchard, por el contrario, pertenece a esa escuela de historiadores que insiste en la normalidad de la evolución de la sociedad

quebequesa. Su énfasis se sitúa en exorcizar cierto complejo de inferioridad y de retraso, cimentado en un conjunto de rasgos o episodios históricos que han atormentado la conciencia colectiva quebequesa, puesto que han sido presentados como más o menos específicos de los francocanadienses, cuando incluso era fácil encontrar equivalentes en otras partes. Se trata de episodios como la Gran Oscuridad (la *Grande Noirceur*) de la etapa de Duplessis y sus prácticas, o como la elevada natalidad (conocida como la «rebelión de las cunas») o la omnipresencia de la Iglesia católica. Según Bouchard, de todos estos episodios se pueden encontrar ejemplos paralelos en otras sociedades del Nuevo Mundo. La sensación de amenaza e inseguridad quebequesa, tan extendida, se encuentra en todas las nuevas colectividades, incluso en Estados Unidos con su temor al inmigrante.

Este desbroce de supuestas diferencias y sus correspondientes falsas identidades redundaba en el establecimiento de las verdaderas especificidades. Desde luego, la fundamental para Bouchard es que Quebec (junto a Puerto Rico) es una de las escasas colectividades nuevas que no han conseguido la independencia política ni han sido capaces de asegurarse apoyos exteriores, tan necesarios dada su falta de seguridad y confianza propia. Bouchard también destaca la gran homogeneidad étnica de Quebec, lo que por añadidura le ha retrasado a la hora de aceptar en el imaginario nacional los elementos de diversidad que contiene y que el grupo de Bouchard se empeña en reconocer e incluir en su idea de nación quebequesa. El fracaso de las rebeliones nacionales y liberales, laicas y republicanas, inspiradas por las ideas de la revolución francesa y americana, sin programa étnico ni lingüístico, desacreditó a los nacionalistas liberales y fue utilizado para demostrar que el camino conservador de la Iglesia católica era el correcto. Así se abrieron las puertas a un tipo de nacionalismo cultural estrechamente vinculado al catolicismo que será predominante hasta la mitad del siglo XX. En consonancia con las ideas ultramontanas de la época (la catedral de Montreal es una fiel réplica a escala reducida de San Pedro del Vaticano, baldaquín incluido), esta variante nacionalista rechazaba los principios liberales de la soberanía del pueblo y la separación entre Iglesia y Estado. En consecuencia, fue vaciada de todo contenido político (de hecho, era antiestatalista). Se aceptó la autoridad de la corona británica, respetando su legitimidad y la obediencia al gobierno británico. La sociedad francocanadiense había de sobrevivir cumpliendo el destino de defender la religión católica. El idioma francés sería su baluarte. Los Estados Unidos y Francia (aunque no la «verdadera» Francia católica) fueron considerados como la fuente de todos los males que amenazaban a la sociedad. Debido a que la defensa contra los avances de las metrópolis políticas (Londres, Ottawa) y económicas (Londres, Nueva York) no permitía una crítica de las metrópolis culturales y espirituales (Francia, Vaticano), la sociedad anterior a la Revolución Tranquila estaba sobre todo atravesada por enormes divisiones entre las élites y las clases populares. La Revolución Tranquila supone para Bouchard nada menos que una auténtica reconciliación social, puesto que por primera vez la cultura popular se valora en sus propios términos, sin ser

considerada deficiente o inferior a otras. La cultura quebequesa consigue al final ocupar el centro del escenario.

El periodo en que nos encontramos, marcado por los avances modernizadores y secularizadores de la Revolución Tranquila, es cuando el moderno nacionalismo quebequés ha utilizado al máximo las instituciones políticas de autogobierno, especialmente en política cultural y educativa, pero no ha conseguido acabar con las huellas del pasado. Según Bouchard, el Quebec contemporáneo apenas emerge de un confuso periodo en cuyo transcurso su visión del Nuevo Mundo ha estado velada por los prejuicios del Viejo Mundo. Se ha caracterizado así por la producción de mitos *depretores* que interiorizaban la mirada despreciativa del otro y la supuesta inferioridad política, económica y cultural. Esta tendencia depresora es fundamentalmente fruto de la adopción de una posición derrotista y continuista, que proporcionó un poderoso fundamento cultural al poder del clero, «sofocando la imaginación y las audacias colectivas». Pero según Bouchard, y contra la opinión recibida, el liderazgo clerical no tuvo nada de inevitable y, de hecho, la orientación de la supervivencia en su conjunto fue una decisión colectiva dictada principalmente por los intereses de los notables. Además, su éxito fue dudoso, puesto que la cultura francófona, uno de los valores que se deseaba preservar, tuvo su momento de mayor eclosión en la segunda mitad del siglo XX, precisamente cuando se alejó del paradigma de la supervivencia y del ambiente que le servía de soporte, entrando en una dinámica de laicización, expansión del Estado, democratización de la enseñanza, erosión de la relación cultural entre Francia y Quebec, valoración de los contenidos populares, etc.

Queda claro que lo que Bouchard intenta es explicar los factores que, por efecto del tradicionalismo defensivo y reactivo, han obstaculizado la marcha hacia la independencia, convirtiendo a Quebec en una «sociedad vacilante, cobarde». El progreso de la Revolución Tranquila se encuentra en lucha contra los fantasmas reaccionarios de la supervivencia, donde al final las fuerzas progresistas han conseguido triunfar y engendrar la modernidad (aunque todavía no completamente). Según Bouchard, «hasta mediados del siglo XIX, el Canadá francés se había embarcado en esa inmensa empresa humana que fue la creación del Nuevo Mundo, había participado del mismo destino que las otras colectividades de América, había preparado progresivamente su lugar en él durante más de dos siglos; y hete aquí que, súbitamente, decidió mudar de parecer y comportarse como una nación del viejo mundo» (Bouchard, 2003: 193). Para Bouchard, Quebec ha de volver al camino de donde nunca debió salir, pero no ya como huérfano de la(s) madre(s) patria(s), eternamente nostálgico, sino como un bastardo insolente, lo que sería una «manera de afirmarse en el mundo y en el Nuevo Mundo. Sería su manera de lograr el acceso finalmente a la autonomía, a su verdad y, quizá, a lo universal» (Bouchard, 2003: 226). El nacionalismo reactivo, la inseguridad y la *cobardía* colectiva quebequesa se retroalimentarían. Solamente un nacionalismo más inclusivo y proactivo puede romper esta dinámica.

Los trabajos de la Comisión

Los trabajos de la Comisión duraron varios meses. Una de sus más notables iniciativas fue la de examinar con detalle los episodios que circulaban públicamente en la prensa y en la sociedad y que habían dado lugar a la controversia. Con la ayuda de un equipo de colaboradores, la Comisión se tomó el trabajo de reconstruir, de manera prácticamente forense, los hechos de cada uno de estos episodios hasta donde fuera posible. Desde que se implantó la legislación sobre los acomodos razonables, en diciembre de 1985, hasta el momento de la publicación del informe de la Comisión, en mayo de 2008, se habían producido 73 casos o incidentes, el 55 % de ellos entre marzo de 2006 y junio de 2007. Con el fin de clarificar la situación, la Comisión realizó durante cuatro meses la reconstrucción de una muestra de 21 casos: aquellos que habían despertado mayor controversia y recibido más cobertura mediática. La reconstrucción de estos casos se realizó mediante el estudio de la documentación disponible y la realización de entrevistas a protagonistas y testigos de los acontecimientos. La investigación reveló que en 15 de los 21 casos existía distorsión entre los hechos reconstruidos y la percepción general de la opinión pública. El informe final de la Comisión presenta de forma exhaustiva los casos, a modo de cronología de la crisis, y establece una división en cuatro períodos, según la intensidad del debate. La conclusión provisional a la que llega la Comisión es que en la mayoría de los casos que suscitaban controversia existía una gran distorsión entre los hechos y las percepciones. La crisis de los acomodos razonables se puede reducir en gran medida a una *crisis de percepciones*. La hipótesis contrafáctica más probable es que si el público hubiera tenido información completa y objetiva la crisis no habría sucedido. Después de la publicación del informe de la Comisión, un sector de la prensa quebequesa hizo autocritica.

Los rumores y el papel de los medios en su extensión y aprovechamiento son un factor que desde hace mucho tiempo han sido investigados en la difusión de *pánicos morales*, y la crisis de los acomodos razonables se puede inscribir perfectamente dentro del rango de esta teoría (Cohen, 2002). El pánico moral, un concepto desarrollado por la sociología de la conducta desviada, se define como un sentimiento expresado por un gran número de gente acerca de un grupo que parece amenazar el orden social en un momento concreto. Los pánicos morales son subproductos de controversias que producen enfrentamientos o tensión social y que, por su naturaleza, no son fácilmente discutidos o enfrentados. El pánico moral es la expresión de un conflicto o tensión moral mayor. En este caso, la crisis de los acomodos razonables refleja una serie de inseguridades y ansiedades que están más allá de lo que se percibe como privilegios de una minoría.

Hay una serie de elementos recurrentes que son necesarios para entender las dinámicas de los pánicos morales. En primer lugar, el pánico moral toma la forma de campañas que se mantienen durante un determinado período, que puede ser largo o

corto. En segundo lugar, se expresan a través de una opinión generalizada sobre la existencia de una ruptura del orden social que conduce a esa población a una situación de riesgo. En tercer lugar, los medios de comunicación o un sector de la clase política transmite la idea de su capacidad para luchar o frenar esta ruptura y hacer desaparecer esos peligros o amenazas. Dos rasgos adicionales de la transmisión de un pánico moral son la volatilidad del fenómeno y su desproporción. Un elemento implícito en el desarrollo de pánicos morales es la sugerencia de que los valores o las prácticas sociales en riesgo constituyen una característica fundamental, sagrada, de la sociedad (Thompson, 1998). Por tanto, esta crisis puede ser interpretada fácilmente como un caso clásico de pánico moral y, aunque en el informe no se cite, da la impresión de que la Comisión ha trabajado teniendo en cuenta esta teoría. Lo que queda por explicar son las inseguridades que llevaron a la sociedad quebequesa a una situación de crisis semejante, cuando el discurso oficial promueve activamente la integración de los inmigrantes y, comparativamente, las tasas de inmigración en Quebec son considerablemente más bajas que en el resto de Canadá, que muestra una menor conflictividad respecto a la inmigración.

Para profundizar en el análisis de la situación, la Comisión inició una fase de consultas que duró meses, abriéndose a todos los sectores de la sociedad quebequesa que quisieran participar. La Comisión viajó por todas las regiones de Quebec, celebrando audiencias y reuniones ciudadanas de todo tipo y llevando a cabo también algunos *focus groups*. Los datos de la participación son notables. Se calcula que participaron directamente más de tres mil personas y casi mil enviaron informes escritos, muchos de los cuales se pueden consultar en la página web de la Comisión (<http://www.accommodements.qc.ca>). Las reuniones se transmitían en directo. La fase de consultas resultó ser bastante controvertida. Las reuniones se celebraron primero en el Quebec rural, donde menos inmigración hay, y algunas veces fueron una caja de resonancia involuntaria para posiciones racistas y xenófobas (Seidle, 2009). Esto fue objeto de muchas críticas y contribuyó al desapego de algunos sectores, principalmente intelectuales, respecto a la Comisión. Finalmente, la Comisión llegó a las áreas metropolitanas, donde vive la gran mayoría de los inmigrantes. Éstos explicaron la importancia que para ellos tienen sus creencias religiosas y también proporcionaron mucha información que ayudaba a contextualizar los acontecimientos recientes. Aunque los miembros de la Comisión, especialmente Bouchard, manifestaron crecientemente su opinión durante la fase de consultas, hubo que esperar hasta el mes de mayo de 2008 para leer el informe público que se elevó al primer ministro de Quebec. El informe, significativamente titulado *Construyendo el futuro. Un tiempo para la reconciliación*, es detallado, extenso y concienzudo, y en ningún caso evita las cuestiones difíciles. Abarca una descripción del trabajo de la Comisión, un análisis de la sociedad quebequesa en múltiples aspectos sociales y una serie de recomendaciones a la propia sociedad y al gobierno quebequés. El informe revela claramente la filosofía liberal de sus autores y su compromiso con la sociedad quebequesa.

En conjunto, teniendo en cuenta las cruzadas presiones políticas y populares a las que se vieron sujetos, es admirable la franqueza y el equilibrio con los que Bouchard y Taylor exponen sus conclusiones. La primera conclusión a la que llegan es que ha sido sobre todo la mayoría francoquebequesa, y no tanto la minoría angloquebequesa, la que se encontraba hipersensibilizada ante los acomodos razonables. Para la Comisión, el resultado de esta situación ha sido una contrarreacción identitaria que se ha expresado con un rechazo de las prácticas de armonización. En consecuencia, los inmigrantes se han ubicado en el punto de mira. Lo que se concluye es que los quebequeses «de origen francocanadiense», como controvertidamente se les refiere en el informe, no están todavía a gusto con su doble estatus de mayoría en Quebec y de minoría en Canadá y Norteamérica. La interpretación de Bouchard y de Taylor casa muy bien desde la psicología social. En el lenguaje de la sociología clásica diríamos que los quebequeses están en una situación de *inconsistencia de estatus colectivo* que se expresa de una manera reactiva cuando se ve amenazada. Por esta razón cualquier otra identidad, especialmente la que choca con los frutos de la Revolución Tranquila, es interpretada como una amenaza. Pero según Bouchard y Taylor, esta sensación de amenaza es completamente infundada, y lo es más todavía si se compara con la situación de algunos países europeos. En Quebec no hay nada parecido a guetos y el discurso público es bastante razonable. Según ellos, las muestras de xenofobia de las que fueron testigos son imputables a la ignorancia antes que a la mala fe, y la postura de los inmigrantes, especialmente la de los musulmanes, es muy razonable. Entonces, ¿qué camino proponen que siga la sociedad quebequesa? En primer lugar, recomiendan que, siempre que sea posible, se sigan prácticas de armonización de intereses que eviten el recurso a los tribunales, tal como hace la ruta legal de los acomodos razonables. El recurso al acomodo razonable implica una situación donde hay ganadores y perdedores y un tribunal que impone un juicio. Pero para Bouchard y Taylor también está disponible la ruta ciudadana, que es otra manera más conveniente de armonizar intereses, puesto que además de evitar congestionar los tribunales sirve para aprender a manejar las diferencias y desacuerdos entre ciudadanos. Los valores que sostienen esta ruta, tales como el intercambio, la negociación y la reciprocidad, son los mismos que sostiene el modelo clásico de integración de Quebec.

También defienden la continuidad con el modelo quebequés de gestión de la diversidad (Bouchard y Taylor, 2008: 117 y ss.). Quebec siempre ha defendido que el modelo multicultural canadiense no se ajusta a sus circunstancias. Los quebequeses perciben que el modelo canadiense no conduce a una integración. Aunque en la práctica el *interculturalismo* y el *multiculturalismo* se parecen mucho, los quebequeses prefieren el término *interculturalismo* porque no da a entender que son innumerables culturas las que se relacionan o yuxtaponen sin concepto alguno de jerarquía o preeminencia. El interés por la cohesión social y la integración es un elemento clave del interculturalismo quebequés que echan de menos en

el multiculturalismo canadiense. El interculturalismo busca reconciliar la diversidad etnocultural con la continuidad del centro francófono y la preservación de los vínculos sociales. La Comisión propone también, tras su análisis, que el interculturalismo sea definido oficialmente por primera vez como modelo del gobierno de Quebec y que sea sustentado a través de algún documento público.

Debido a la historia quebequesa y a la naturaleza de las demandas que se planteaban, lo que la Comisión tenía que decir sobre la manera en que Quebec debía responder a las cuestiones religiosas y a la gestión de su pluralismo era uno de los puntos de mayor interés y de los que más espacio ocupa en el informe. El mandato de la Comisión implicaba claramente la observancia de los valores seculares. Todas las democracias liberales suscriben en mayor o menor medida los principios seculares, aunque muy pocas han considerado oportuno codificarlo en sus constituciones. En función del momento histórico y de las condiciones sociales, la interpretación del principio secular en las distintas democracias ha sido bastante diversa. Bouchard y Taylor consideran que los sistemas seculares son el resultado del equilibrio entre varias dimensiones del secularismo, desde la libertad de expresión a la separación de Iglesia y Estado, pero no hay una solución única para equilibrar estos principios. La solución que se encuentre depende de muchos factores. El sistema francés, que impone límites muy estrictos sobre la libertad de expresión religiosa, no lo consideran apropiado para Quebec. La Comisión aboga por un sistema de *secularismo abierto* (Bouchard y Taylor, 2008: 137 y ss.). El secularismo abierto intenta no borrar las expresiones religiosas, a las que considera normales y no las relega exclusivamente al ámbito de lo privado. El secularismo abierto busca desarrollar los resultados esenciales del secularismo, la igualdad moral de las personas y la libertad de conciencia y religión definiendo estructuras institucionales (como la separación de Iglesia y Estado y la neutralidad estatal) respecto de las convicciones religiosas y seculares. Por tanto, las instituciones públicas no deben tener color religioso alguno. Deben vaciarse de todo contenido religioso.

Dada la importancia que tiene la cuestión, la Comisión se implica en la explicitación de una serie de normas o guías para las prácticas de armonización religiosa dentro de la sociedad. Estas normas son en muchos casos la traducción práctica de los principios del secularismo abierto, pero la Comisión es lo suficientemente pragmática como para tener en cuenta que todos los ajustes deben ser evaluados caso por caso y que puede haber excepciones a las reglas generales. De entre estas guías hay algunas que merece la pena destacar. Por ejemplo, la Comisión tiene claro que las demandas de armonización religiosa tienen límites y, en particular, cualquiera que infrinja el principio de la igualdad de géneros queda descalificada. La Comisión también ha recomendado retirar el crucifijo que preside la Asamblea Nacional quebequesa sobre la base de que el lugar que simboliza el poder quebequés debería mantenerse en consonancia con la idea de separación de la Iglesia y el Estado. Proponen que un lugar apropiado para mostrarlo sería en una sala dedi-

cada a la historia del parlamento. En consonancia con el mismo principio de separación de Iglesia y Estado, la Comisión propone el abandono de las oraciones en las reuniones de los ayuntamientos donde todavía se realicen. El mismo tipo de razonamiento lleva al respeto de normas dietéticas en las instituciones públicas y a permitir en las instituciones educativas el uso del velo islámico, la *kippah* y el turbante. El uso de los símbolos religiosos individuales debe ser respetado también para los funcionarios, salvo en el caso de los policías, los jueces y el presidente del parlamento, ya que se entiende que, por la especial naturaleza de sus funciones, podría dar lugar a suspicacias de falta de neutralidad. Los principios del secularismo abierto también son compatibles con el reconocimiento de la legitimidad de festividades religiosas no cristianas, ya que así se rectifica una desigualdad histórica.

Estas recomendaciones no han sido bien recibidas entre los partidarios de un secularismo más estricto, que son numerosos en Quebec. Según los autores del informe, los quebequeses francófonos todavía arrastran memorias desagradables del periodo cuando el clero ejercía demasiado poder sobre las instituciones y los individuos. Pero es injusto y erróneo extender hacia todas las religiones el sentimiento doloroso heredado de su traumático y opresivo pasado católico. El informe está lleno de admoniciones a la mayoría francoquebequesa. Así, ésta no debería ceder a la tentación de la retirada y el miedo al futuro, ni colocarse sempiternamente en el papel de víctima. El tono de la crítica de Bouchard al tradicionalismo defensivo se hace aquí patente. Según el informe, los francoquebequeses deberían ser también más conscientes de los efectos que su propia ansiedad genera en los grupos minoritarios, quienes los perciben como inseguros de sí mismos y propensos a la ira. Por otro lado, también sería erróneo concebir el futuro del pluralismo étnico como una serie de grupos yuxtapuestos, lo que significaría reproducir en Quebec lo que más se critica del multiculturalismo canadiense.

Por lo demás, hay secciones enteras del informe que tienen un carácter tranquilizador, especialmente en lo referido a la situación del francés y al futuro de la sociedad quebequesa en su conjunto. En general, se anima a profundizar la vía de lo conseguido hasta ahora, destacando sus aspectos positivos sin olvidar la necesidad de dedicar más recursos a ciertos aspectos sociales de integración social y lingüística. Incluso señalan que los francoquebequeses deberían aprender más inglés (Bouchard y Taylor, 2007: 217) para integrarse mejor en el mundo económico, porque el rol de esa lengua ha cambiado sustancialmente. Aunque también incluye una serie de recomendaciones prácticas para lograr la integración económica de los inmigrantes, que después de todo sigue siendo su principal demanda, el principal mensaje del informe a la mayoría francoquebequesa es que no caiga en la tentación de retirarse y olvidarse de la integración moral del inmigrante en la comunidad quebequesa. Aunque aquí no se hable del destino final de esta sociedad, en el mensaje, tranquilizador, integrador, crítico con la actitud defensiva y reactiva, etc., es difícil no ver la traducción práctica del pensamiento de Bouchard,

a quien le gustaría ver una sociedad quebequesa más madura, segura de sí misma e integradora, condición necesaria para alcanzar empresas mayores. Vencer la inseguridad sigue siendo el penúltimo objetivo. El cuadro de ansiedad de la sociedad quebequesa es antiguo, se manifiesta de muchas maneras, se transforma y se realimenta por su incapacidad para atacar la raíz del problema. Así, en el informe se señala que «este miedo es muy antiguo, pero su naturaleza ha cambiado. En el pasado reciente eran los anglófonos los que suponían una amenaza. Antes, fue el estilo de vida de la industrialización. Hoy, algunos creen que son los inmigrantes los que plantean una amenaza» (Bouchard y Taylor, 2008: 212).

Recepción y reacciones al Informe

Aunque el mensaje del informe sea amplio, su público sea variado y tenga la función de constituir un punto de referencia para la sociedad quebequesa en su conjunto respecto a la gestión de la diversidad étnica, cultural y religiosa, es claro que el primer objetivo del informe es servir de orientación para la institución que lo encargó: el gobierno de Quebec. Pero en medio de un clima popular reactivo contra las conclusiones del informe, los primeros impulsos del gobierno provincial han sido de distanciamiento. En directa contraposición con una de las recomendaciones de la Comisión, Jean Charest presentó en la Asamblea Nacional una moción para pedir que el crucifijo que Duplessis puso en el parlamento fuera mantenido. La moción fue aprobada por mayoría absoluta. Siempre es posible que alguna recomendación concreta del informe se lleve a cabo, pero en general las acciones del Gobierno quebequés no se encuentran en sintonía con las de la Comisión que encargó. Como muestra, baste señalar que el gobierno provincial ha promovido la firma de una declaración por parte de los nuevos inmigrantes, en línea con lo que ha ocurrido en algunos países europeos. La declaración implica la promesa de aprender francés y de respetar los «valores compartidos de Quebec», algo quizá no tan alejado del código de conducta de Hérouxville. El establecimiento de una declaración firmada no fue contemplado por la Comisión, pero va claramente contra toda su filosofía. Esta declaración ha encontrado un gran rechazo en los medios más cosmopolitas de la sociedad quebequesa, que lo han denunciado como una maniobra política para conseguir votos de antiguos votantes de ADQ o del PQ.

Con anterioridad al anuncio de una declaración para los inmigrantes, el Partido Quebecois había abogado por una constitución para Quebec (la ley 195) que definiera una ciudadanía quebequesa con unos valores que deban ser reconocidos y respetados. Pero una constitución de este tipo implicaría un nuevo referéndum. Por añadidura, los medios soberanistas han sido muy críticos con Bouchard. Su nombramiento, a diferencia del de Taylor, no había sido criticado, pero la condena por parte de Bouchard de la defensa conservadora y estrecha de la identidad que-

bequesa por buena parte del nacionalismo actual le ha granjeado numerosos enemigos. Esto es quizá una prueba más de la dificultad de combinar genuinamente un liberalismo inclusivo y nacionalismo.

La reacción más desfavorable al informe ha sido la de Mario Dumont, y no por casualidad. El éxito de su partido en marzo de 2007 se atribuyó principalmente a su posición respecto a los casos de acomodo razonable. Posteriormente, durante el periodo de consultas de la Comisión, miembros de su partido hicieron todo lo posible por destacar los temas más controvertidos y espectaculares y por difundir la ansiedad sobre un Quebec más favorable a las prácticas de armonización. Este protagonismo fue destacado en el informe de la Comisión, donde Dumont fue el único político señalado. Intuyendo debilidad en la proyección pública de los líderes rivales, así como cansancio en el electorado, y habiéndose posicionado firmemente en la política de integración e inmigración, Charest convocó unas nuevas elecciones en noviembre de 2008 con el propósito de afianzarse en el gobierno con una mayoría absoluta necesaria para afrontar la crisis económica. ADQ intentó reavivar el debate en torno a los acomodos razonables que tanto protagonismo le había conferido, pero su campaña ya no encontró eco y logró solamente siete escaños. Charest consiguió la mayoría absoluta que buscaba en unos comicios con una bajísima participación, celebrados solamente unos días después de las elecciones que llevaron a Barack Obama a la presidencia de los Estados Unidos. Los resultados muestran que esta vez había sido Charest, hábil táctico, quien había identificado correctamente el pulso de la sociedad quebequesa. Con su tercera victoria consecutiva se convertía en el primer jefe de gobierno provincial que lo lograba desde Duplessis.

Conclusiones

Ante el reto de la inmigración y de la formación de sociedades plurales no hay solución única. Por esto hay que aprender de otras experiencias a nivel estatal y subestatal. Uno de los aspectos más interesantes de la globalización es que nos permite analizar cómo distintas sociedades se van enfrentando a una serie de problemas muy parecidos. El informe de la Comisión, redactado por dos competentes e independientes académicos, es un punto de referencia ineludible para todos los que quieran reflexionar sobre situaciones similares. La situación de inconsistencia de estatus colectivo puede ser un componente añadido para la expansión del pánico moral en sociedades plurales. Cuando las bases sobre las que se sustenta una mayoría nueva se sienten amenazadas, las reacciones pueden ser particularmente inestables. La inmigración se percibe como algo problemático y da lugar a mayores tensiones allí donde un nacionalismo no ha encontrado todavía una satisfacción plena o donde una identidad nacional se muestra insegura respecto a su futuro. Simplemente porque los emigrantes suelen ser más religiosos que una gran

parte de las sociedades de acogida y suelen proceder de otras tradiciones culturales, la relación entre la pluralidad de culturas y el secularismo continuará siendo uno de los puntos fuertes del debate. El debate será particularmente agudo en aquellas sociedades de acogida que se hayan secularizado recientemente o hayan tenido una religión establecida asociada a la identidad nacional.

En conjunto, desde un punto de vista políticamente utilitario, instrumental y objetivo, el enfoque adoptado por el gobierno quebequés ha surtido los efectos deseados. El informe de la Comisión no vincula al gobierno, pero sin embargo el gobierno puede aprovecharse del mismo. La fase de consultas en sí misma puede interpretarse como un ejercicio de democracia participativa a gran escala. El ejercicio de diálogo público ha contribuido a desactivar políticamente el problema. Examinándolos cuidadosamente, la Comisión ha conseguido que rumores sin base dejaran de extenderse y ha provocado un proceso de autocritica en algunos medios de comunicación. Todo ello ha contribuido a suavizar las tensiones sociales y al mismo tiempo le ha servido al gobierno para encontrar una posición en la que ubicarse eficazmente ante sus competidores políticos.

REFERENCIAS

- BOUCHARD, Gérard (2003): *Génesis de las naciones y culturas del Nuevo Mundo. Ensayo de historia comparada*, México, Fondo de Cultura Económica.
- y Charles TAYLOR (2008): *Fonder l'avenir: Le temps de la conciliation*, Commission de consultation sur les pratiques d'accommodement reliées aux différences culturelles, <http://www.accommodements.qc.ca/>
- COHEN, Stanley (2002): *Folk Devils and Moral Panics*, 3.ª ed., Londres, Routledge.
- ESTEBAN, Valeriano (2007): «La secularización en entredicho: la revisión de un debate clásico de la sociología», en Eduardo Bericat (coord.), *El fenómeno religioso. Presencia de la religión y la religiosidad en las sociedades avanzadas*, Sevilla, Centro de Estudios Andaluces: 299-316.
- SEIDLE, F. Leslie (2009): «Testing the Limits of Minority Accommodation in Quebec», en J.E. Fossum, P. Magonne y J. Poirier (eds.), *The Ties that Bind. Accommodating Diversity in Canada and the European Union*, Bruselas, Peter Lang: 77-104.
- TAYLOR, Charles (2007): *A Secular Age*, Boston, Harvard University Press.
- THOMPSON, Kenneth (1998): *Moral Panics*, Londres, Routledge.